

⊕

CAPÍTULO 1
EL CLUB BILDERBERG

—Me gustaría hablar con usted —dijo alguien.

Me giré instintivamente hacia la derecha, aunque no vi a nadie. El caballero que requería mi compañía estaba detrás de mí, diríase que usando mi hombro derecho como refugio.

⊕ —Quédese sentado, por favor —me susurró su sombra. ⊕

—Perdóneme, pero no estoy acostumbrado a que me den órdenes, especialmente alguien a quien no conozco —respondí con resolución.

—Señor Estulin, sentimos invadir su espacio, es que nos gustaría mucho hablar con usted —dijo el primer caballero, extendiendo una flácida mano con la esperanza de que decidiese estrecharla—. Huelga decir que le pedimos la máxima discreción.

Por sus piruetas lingüísticas deduje que ese inglés había sido aprendido en uno de

esos colegios elitistas británicos o quizá con un tutor privado.

—¿Cómo sabe mi nombre? No recuerdo habérselo dicho.

—Sabemos bastante de usted, señor Estulin.

Podía percibir que el misterioso caballero empezaba a sentirse más relajado en mi compañía.

—Por favor, siéntese —dije en un tono más cálido, aceptando también la distensión del momento.

El hombre bajó la mirada, sacó una pitillera de uno de los bolsillos de su elegante americana y empezó a examinarla. Yo me arrellané en mi taburete esperando que uno de los dos rompiera el silencio.

—Por ejemplo, sabemos que está aquí para cubrir la conferencia Bilderberg, que ha estado siguiéndonos durante muchos años, que, de alguna manera, parece conocer con mucha antelación la localización exacta de cada encuentro, cuando la mayoría de los participantes no lo saben hasta una semana antes. También estamos enterados de que a pesar de la confidencialidad con la que nos movemos, usted parece saber de qué hablamos y cuáles son nuestros planes futuros. Usted, señor Estulin,

ha llegado a condicionar la elección de algunos de nuestros participantes. En un momento dado, pensamos que ya lo teníamos; presu-
mimos que habíamos detectado a su contacto en el interior. Si usted hubiese fallado en sus predicciones sobre nosotros, ese participante habría tenido graves problemas personales. Afortunadamente para él, usted acertó.

«Acento de Kent», pensé.

—¿Cómo se entera de todo eso? —preguntó el acompañante de mi interlocutor.

—Eso es un secreto profesional —repliqué lacónicamente.

En ese momento, aproveché para fijarme en los dos tipos. El segundo tenía los hombros anchos, el cabello rubio, grueso bigote, enormes cejas arqueadas, una diminuta boca que se doblaba geométricamente para formar una sonrisa aceptable y un temperamento nervioso. Su grueso bigote y su gorda nariz se tensaban cada vez que hablaba.

Detrás de nosotros, formando parte de una incomprensible horda de turistas galeses, se sentaba un hombre barbudo y jorobado que llevaba guantes de piel y un sombrero de viaje. Parecía ser todo un amante de la música o al menos eso decía a todo el

mundo una gruesa mujer con un enorme lunar en la barbilla.

—Es usted todo un enigma.

Mi misterioso interlocutor cambió la posición de sus larguiruchas piernas, introdujo su mano derecha en el bolsillo del pantalón dejando entrever una cadena de reloj que recorría parte de su chaleco y dijo en un tono profesional:

—Entonces, dígame, ¿por qué nos sigue a todas partes? Usted no trabaja para ningún periódico conocido. Sus artículos incomodan a nuestros miembros. Varios congresistas estadounidenses y algunos miembros del Parlamento de Canadá han tenido que cancelar su asistencia a nuestro encuentro anual porque usted ha sacado a la luz su participación.

—Usted no va a vencernos. No es capaz de hacerlo —murmuró el segundo tipo—. El Club Bilderberg, señor Estulin, es un foro privado en el que participan algunos miembros influyentes de nuestra comunidad empresarial. También invitamos a algunos políticos a que compartan con nosotros sus experiencias personales y profesionales. Todo ello lo hacemos con la esperanza de conjuntar las necesidades de los pueblos del mundo y la política

de altos vuelos. De ninguna manera intentamos influir en los gobiernos, en su política o en su toma de decisiones.

—¡No me jodas! —respondí bruscamente. Podía sentir cómo se me tensaban los músculos del cuello y de la mano—. ¡Y yo me creo que Kennedy fue asesinado por extraterrestres, que Nixon fue defenestrado por su abuela y que la crisis del petróleo de 1973 fue provocada por la Cenicienta! Si no hubiera sido por nosotros, Canadá formaría ahora parte del gran país de los Estados Unidos. Dígame, ¿por qué asesinaron a Aldo Moro?

—Sabe que no le podemos decir nada, señor Estulin. No he venido aquí para discutir con usted.

En una mesa redonda cerca de la ventana, dos turistas alemanes, un desempleado con los ojos llorosos y el primo del barman jugaban a las cartas muy entretenidos.

En una mesa cercana, se sentaba un hombre mayor miope, calvo y gordo que vestía un traje gris demasiado grande para su envergadura. Llevaba unas enormes gafas de concha y su cara rubicunda se escondía detrás de la sombra de la que debió de ser en otro tiempo una larga barba negra. Un bigote grisáceo, un

tanto descuidado, completaba su faz. Pidió ron, rellenó su pipa y se puso a observar distraído el juego.

Puntualmente, a las once y cuarenta y cinco, vació la pipa, la metió en el bolsillo del pantalón, pagó el ron y se marchó en silencio.

—¿Sería mucho pedirle que mantuviese esta conversación en la más estricta confidencialidad?

—No suelo hacer ese tipo de promesas, especialmente en lo referente al Club Bilderberg.

Me sorprendí a mí mismo disfrutando del enfrentamiento con la esperanza de que el primer tipo perdiese los nervios.

El primer tipo soltó una parrafada de varios minutos sobre las virtudes de la colaboración entre las naciones, los niños hambrientos de África y otras comeduras de coco por el estilo.

Intenté concentrarme en lo que decía, pero pronto me vi observando la cara del segundo tipo. Sonreía con expresión ausente o se lamía el bigote.

Cuando la voz del primer tipo creció hasta alcanzar la resonancia de un trueno, volví a la realidad.

—... Y podemos compensarle por su tiempo perdido, señor Estulin. ¿Qué condiciones pone?

Una enorme luna iluminó los árboles de la calle. Los semáforos se le unieron con su destello. Se podía oír el apagado rumor de los restaurantes de las cercanías y los ladridos de un perro. Permanecimos los tres en silencio durante algunos minutos.

Noté que al segundo tipo, apoyado en el borde de su taburete, le costaba mantenerse en silencio. Sin duda, estaba intentando componer una pregunta o comentario inteligente. El primer hombre jugueteaba con su cigarrillo, en actitud reflexiva. Sus ojos parecían mirar el cigarrillo, pero estaban absortos en el vacío.

—Mi silencio tiene las siguientes condiciones: querría que los futuros encuentros Bilderberg se anunciaran públicamente con libre acceso a cualquier periodista que quiera asistir. El contenido de todas las conferencias debería ser público, así como la lista de participantes. ¡Y, por último, prescindan de la CIA, las armas, los perros, la seguridad privada y, lo más importante, de su secretismo!

—Sabe perfectamente, señor Estulin, que no podemos hacer eso. Hay mucho en juego y ya es muy tarde para realizar ese tipo de cambios.

—Entonces, señor mío —repliqué—, tendrán que aguantarme hasta el final.

En el salón vecino un piano emitió una rápida sucesión de notas entremezcladas con el sordo sonido de voces y risas de unos niños. Un gran espejo reflejó por un momento los brillantes botones del chaleco del primer hombre.

—Entonces, buenas noches, señor Estulin.

El primer tipo no perdió, ni por un instante, sus buenas maneras. En realidad, era exquisito en el trato. «Por eso lo habrán enviado», supuse. Quizá, en otras circunstancias, hubiésemos podido llegar a ser buenos amigos. El segundo tipo respiró profundamente y, con su sombrero entre las manos, siguió los pasos de su jefe.

Solo quedaban en el vestíbulo del hotel dos mujeres con cara soñolienta y un viajante con la barba teñida y un chaleco de terciopelo negro sobre una camisa blanca estampada.

«Es extraño que se preocupen de mí», pensé. Había sido una experiencia tremenda. Solo entonces me di cuenta de cuánto se hallaba en juego. No había sido una mera conversación entre su emisario y yo. Los dos hombres cruzaron la plaza y desaparecieron en la noche. Se me había puesto mal cuerpo, aunque mi determinación era la de siempre. Ahora



sabía que, desde aquel momento, mi vida iba a estar permanentemente en peligro.

* * *

Imagínese un club donde los más importantes presidentes, primeros ministros y banqueros del mundo se mezclan entre sí, donde la realeza está presente para asegurarse de que todo el mundo se lleva bien, donde la gente poderosa responsable de empezar guerras, influir en los mercados y dictar sus órdenes a Europa entera dice lo que nunca se ha atrevido a decir en público.

El libro que tiene entre las manos pretende demostrar que existe una red de sociedades secretas que planea poner la soberanía de las naciones libres bajo el yugo de una legislación internacional administrada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esta red está dirigida por el más secreto de los grupos: el Club Bilderberg. La razón de que nadie quiera descubrir esta conspiración y oponerse a ella es, en palabras del periodista francés Thierry de Segonzac, copresidente de la Federación de la Industria del Cine, de los Medios Audiovisuales y Multimedia, muy sencilla:





«Los miembros del Club Bilderberg son demasiado poderosos y omnipresentes para desear verse expuestos de esa forma.»

Cualquier cambio de régimen en el mundo, cualquier intervención sobre el flujo de capitales, cualquier modificación en el estado del bienestar es plausible si en uno de esos encuentros sus participantes lo incluyen en su agenda.¹ Según Denis Healy, ex ministro de Defensa británico: «Lo que pasa en el mundo no sucede por accidente: hay quienes se encargan de que ocurra. La mayor parte de las cuestiones nacionales o relativas al comercio están estrechamente dirigidas por los que tienen el dinero.»

Los socios del Club Bilderberg deciden cuándo deben empezar las guerras (no en vano ganan dinero con todas ellas); cuánto deben durar (Nixon y Ford fueron defenestrados por acabar la guerra de Vietnam demasiado pronto); cuándo deben acabar (el Grupo había planificado el fin de las hostilidades para 1978) y quién debe participar. Los cambios fronterizos posteriores los deciden ellos y también quiénes se deben beneficiar de la reconstrucción.² Los miembros del Bilderberg poseen los bancos centrales y, por lo tanto, están en



posición de determinar los tipos de interés, la disponibilidad del dinero, el precio del oro y qué países deben recibir qué préstamos. Con solo mover el dinero los socios del Bilderberg ganan miles de millones de dólares. ¡Su única ideología es la del dólar y su mayor pasión, el poder!

Desde 1954, los socios del Club Bilderberg representan a la élite de todas las naciones occidentales —financieros, industriales, banqueros, políticos, líderes de corporaciones multinacionales, presidentes, primeros ministros, ministros de finanzas, secretarios de Estado, representantes del Banco Mundial, la OMC y el FMI, ejecutivos de los medios de comunicación y líderes militares—, un gobierno en la sombra que se reúne en secreto para debatir y alcanzar un consenso sobre la estrategia global. Todos los presidentes americanos desde Eisenhower han pertenecido al Club. También, Tony Blair, así como la mayoría de los miembros principales de los gobiernos ingleses; Lionel Jospin; Romano Prodi, ex presidente de la Comisión Europea; Mario Monti, comisario europeo de la Competencia; Pascal Lamy, comisario de Comercio; José Durão Barroso; Alan Greenspan, jefe de la Reserva

Federal; Hillary Clinton; John Kerry; la asesinada ministra de Asuntos Exteriores de Suecia, Anna Lindh; Melinda y Bill Gates; Henry Kissinger; la dinastía Rothschild; Jean-Claude Trichet, la cabeza visible del Banco Central Europeo; James Wolfenson, presidente del Banco Mundial; Javier Solana, secretario general del Consejo de la Comunidad Europea; el financiero George Soros, especulador capaz de hacer caer monedas nacionales en su provecho; y todas las familias reales de Europa. Junto a ellos se sientan los propietarios de los grandes medios de comunicación.

Sí, también pertenecen al Grupo las personas que controlan todo lo que lee y ve, los barones de los medios de comunicación: David Rockefeller, Conrad Black —el ahora caído en desgracia ex propietario de 440 medios de comunicación de todo el mundo, desde el *Jerusalem Post* al principal diario de Canadá, *The National Post*—, Edgar Bronfman, Rupert Murdoch y Sumner Redstone, director de Viacom, un conglomerado mediático internacional que aglutina virtualmente a todos los grandes medios de la industria de la comunicación. Por esa razón nunca ha oído hablar antes del Club Bilderberg.

Allá donde mire —gobiernos, grandes negocios o cualquier otra institución que ejerza el poder— verá una constante: el secretismo. Las reuniones de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), del G-8, de la Organización Mundial del Comercio (OMC), del Fórum Económico Mundial, de los bancos centrales, de los ministros de la Unión Europea y de la Comisión Europea tienen siempre lugar a puerta cerrada. La única razón que puede existir para ello es que no quieren que usted ni yo sepamos qué se traen entre manos. La ya clásica excusa «no es del interés general» significa realmente que no les interesa que el gran público se informe debidamente. Pero, además de esos encuentros supuestamente públicos, existe toda una red de cumbres privadas que desconocemos por completo.³

En febrero tiene lugar el Foro Económico Mundial de Davos; el G-8 y el Bilderberg, en abril-mayo; la conferencia anual del Banco Mundial-FMI, en septiembre. De todo ello surge un curioso consenso internacional que, en apariencia, nadie dirige. Este consenso es la base de los comunicados económicos del G8, la plasmación práctica de los programas

de ajuste de Argentina y todo lo que el presidente americano propone al Congreso.⁴

En 2004 se cumple el 50 aniversario del Grupo, que se constituyó del 29 al 31 de mayo de 1954, en un hotel de la localidad holandesa de Oosterbeek, el Bilderberg, que acabaría dándole su nombre a la sociedad. El organizador del evento fue el príncipe Bernardo de Holanda. El borrador de las actas de Bilderberg de 1989 dice: «Ese encuentro pionero puso de manifiesto la creciente preocupación de muchos insignes ciudadanos de ambos lados del Atlántico, de que Europa Occidental y EE. UU. no estaban trabajando coordinadamente en asuntos de importancia crítica. Se llegó a la conclusión de que unos debates regulares y confidenciales ayudarían a un mayor entendimiento de las complejas fuerzas que dirigían el porvenir de Occidente en el difícil período de la posguerra.»

Según el fundador, el príncipe Bernardo de Holanda, cada participante es «mágicamente despojado de sus cargos» al entrar en la reunión para ser «un simple ciudadano de su país durante toda la duración del congreso».

Por otra parte, uno de los miembros más importantes del Club Bilderberg ha sido Joseph Rettinger, un sacerdote jesuita y masón

de grado 33. De él se dice que fue el auténtico fundador y organizador del Club. Por extraño que parezca, muy pocas agencias de inteligencia han oído hablar del propio Club Bilderberg hasta hace bien poco.

Lord Rothschild y Laurance Rockefeller, miembros clave de dos de las más poderosas familias del mundo, escogieron personalmente a 100 participantes procedentes de la élite mundial con el propósito secreto de cambiar Europa. En palabras de Giovanni Agnelli, el ahora fallecido presidente de Fiat: «Nuestro objetivo es la integración de Europa; donde los políticos han fracasado, nosotros, los industriales, vamos a tener éxito.»

«No se hace ninguna política, solo se mantienen conversaciones banales y de perogrullo —dijo el editor del *London Observer*, Will Hutton, que participó en el encuentro en 1997—, pero el consenso al que se llega es el telón de fondo de la política que se hace en todo el mundo.»

El príncipe Bernardo de Holanda, padre de la reina Beatriz e íntimo del príncipe Felipe de Gran Bretaña, añade que «cuando los representantes de las instituciones occidentales abandonan la reunión se llevan consigo el consenso del grupo. Estos debates liman diferen-



cias y consiguen llegar a posiciones comunes, por eso tienen una gran influencia sobre sus participantes». Lo que suele ocurrir, casi por casualidad, es que a partir de ese consenso los omnipotentes intereses comerciales y políticos, a través de los medios de comunicación, consiguen que la política de los gobiernos sea la misma aun cuando sus intereses particulares sean ostensiblemente diferentes.

La lista de invitados

Nadie puede comprar una invitación para uno de los encuentros Bilderberg, aunque muchas multinacionales lo han intentado.⁵ Es el comité directivo el que decide a quién invita. Lo que el periódico londinense *The Guardian* denomina «un bilderberger» no ha cambiado en los últimos cincuenta años: un socialista fabiano* partidario entusiasta de un orden mundial único.

* El socialismo fabiano es un movimiento de socialismo utópico de corte elitista que toma su nombre de Fabio, el general romano que se enfrentó a Aníbal y lo contuvo sin enfrentarse a él, a la espera de que llegara el momento oportuno. Los socialistas fabianos proponían la expansión de las ideas socialistas a través de una paciente y progresiva instilación de la ideología socialista entre los círculos intelectuales y de poder.

